

éstos al Romano Pontífice; cuanto más estrecha é intensa sea esta relación, cuanto más participe no sólo de exterior y ceremonioso acatamiento, sino de espíritu cordial, de sinceridad profunda, la unión será más indisoluble é inquebrantable.»

Es, pues, la unión de los católicos españoles en el terreno político-religioso, no ya una cuestión de más ó menos conveniencia, ni una necesidad más ó menos sentida, sino una recomendación expresa y terminante del episcopado y del mismo Romano Pontífice¹; y por lo dicho, bien se comprenden las bases sobre que esa organización ha de descansar.

La unión que debe intentarse conseguir entre los católicos españoles, y que estamos obligados á procurar, ha de ser superior é independiente de los partidos políticos y compatible con éstos en todo aquello que no sea opuesto á los principios que sirvan para establecer esa misma unión, y no se oponga á la Religión y la justicia. Así lo recomienda constantemente Su Santidad en muchos

1 A los que niegan á Su Santidad competencia para intervenir en cuestiones de este género, fundándose en que no se trata de cuestiones de fe, bastará oponer este pasaje de la Encíclica *Sopientiae christianae*:

«Nadie imagine que sólo debe obedecerse á la autoridad de los Sagrados Pastores, y más aún del Romano Pontífice, en lo que al dogma corresponde, y cuya pertinaz desaprobación no puede librarse de la nota de herejía. Y no basta tampoco asentir sincera y firmemente á las doctrinas que, aun cuando no definidas por la Iglesia en juicio solemne, se proponen, no obstante, á nuestra fe como divinamente reveladas por su ordinario y universal magisterio, las que el Concilio Vaticano decretó que deben ser creídas *con fe católica y divina*, sino que también se ha de considerar como un deber de los cristianos el dejarse gobernar y regir por la potestad y guía de los obispos, y en primer lugar de la Sede Apostólica.»

lugares de sus documentos, y especialmente en el que antes se ha citado de la Encíclica *Cum multa*, donde dice que «los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo, en que es preciso salvar los intereses católicos en la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, los cuales, por otra parte, se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente».

Así se ha entendido por el episcopado español, que en más de una ocasión, inspirándose en ese criterio, ha fijado reglas para que esa unión se estableciese, y así lo han entendido los congresos católicos. Reconocióse en el de Burgos, por los de ánimo más sereno, que no es por ahora posible en España la formación de un partido político católico exclusivo; que no es á la iniciativa de los hombres políticos á quien corresponde marcar la línea divisoria entre los católicos y los no católicos, porque la señalan á veces tan junto á sí mismos, que sólo dejan dentro del círculo que destinan para los católicos á unos cuantos amigos políticos y personales, sino que ésta es función exclusiva de la Iglesia; y se decidió que lo más conveniente sería formar una alianza ó agrupación católica que se fundase sobre amplias y robustas bases establecidas por el episcopado, dejando que cada católico, fuera de lo que en estas bases se estableciese, se moviese con libertad dentro del partido político

sin duda, pero lejos de la realidad, y no ha estado en relación íntima con el pueblo católico, ó no ha habido verdaderos partidos católicos ó éstos han sido débiles, vacilantes y discutidos hasta por católicos de buena fe. En Austria no pudo pensarse en la formación del partido popular católico hasta que sus obispos, vacilantes y divididos hasta entonces, aparecieron pública y estrechamente unidos; y en Alemania el episcopado se puso al frente de los católicos, despreciando las más violentas persecuciones, y fué el inspirador, el verdadero verbo del Centro católico.

También es un hecho, y en lo que va dicho queda por lo que respecta á Alemania demostrado, que los partidos católicos se han formado precisamente en los momentos de persecución.

Se objetará por muchos sin duda: y si en Alemania se formó el partido católico, ¿qué razón hay para que no pueda formarse en España otro partido idéntico al alemán? Veámoslo.

X

La situación de los católicos españoles se diferencia de la de los alemanes por su pasado y por su presente. La Religión Católica ha sido en España sin interrupción, desde la conversión de Recaredo, no sólo la de la casi totalidad de los españoles, sino la Religión del Estado, y leyes, y costumbres é instituciones se han venido inspirando en

las sublimes enseñanzas de esa Religión que nuestros misioneros y nuestros soldados han extendido con su predicación y con su espada por la redondez de la tierra; y, aunque la irreligiosidad del siglo XIX ha logrado, junto con el aminoramiento de la fe y la perversión de las costumbres, romper esa unidad católica, la perla más preciada de nuestra nacionalidad y la base de nuestra grandeza, y se ha escrito en nuestras leyes la tolerancia religiosa, que en la práctica se convierte frecuentemente, merced á la interpretación de políticos impíos, en tolerancia para toda secta y persecución para el Catolicismo, el hecho es que aún es la Religión Católica la Religión de la nación española; que, aunque sean muchos los indiferentes y los católicos de solo nombre, la inmensa mayoría de los españoles sigue siendo y llamándose católica; que el Catolicismo está en nuestras costumbres, en las que tiene hondas raíces que no han podido arrancar sus perseguidores; que en nuestras leyes, á pesar de venir elaborando en ellas de muchos años acá legisladores sin fe imbuidos del odio al Catolicismo, aún flota el espíritu católico de que estaban saturadas en tiempos más felices para nuestra pobre patria; y que, más por esa fuerza de la costumbre que por impulsos del corazón ni dictados de la inteligencia, los mismos que tienen declarada guerra abierta al Catolicismo, y blasfeman de su doctrina, y persiguen á sus ministros, y tratan de aniquilar sus instituciones prestando franca y entusiasta ayuda á todo lo que tenga el sello de anticatólico é impío, se llaman á sí mismos católicos y hasta alardean de serlo, y de serlo más

que otro alguno, siempre que por alguien se niega ó se pone en duda su Catolicismo.

Aquel glorioso pasado y este nebuloso presente para el Catolicismo y los católicos españoles hace que éstos ni formen ni puedan formar un partido á semejanza del Centro católico alemán, y que hayan surgido entre ellos divisiones lamentables que no pueden borrarse de una plumada, y que sólo el tiempo y los acontecimientos, tal vez más que nada una persecución abierta contra el Catolicismo, podrán hacer desaparecer.

Introdujéronse en nuestra organización política nuevas prácticas y cambios violentos que afectaban unos directamente á los principios religiosos, que otros se referían á ellos de soslayo, y que, aunque otros podían mirarse como indiferentes desde el punto de vista religioso, formaban parte de un sistema que, defendido por hombres imbuidos de ideas anticatólicas, eran englobados por los partidarios de sistemas opuestos, para mirarlos todos como contrarios á las ideas religiosas que ellos sostenían con empeño; de ahí que haya católicos, sobre todo entre la generación que fué testigo de aquellas luchas á la vez políticas y religiosas, que tengan el convencimiento íntimo de que no puede defenderse la Religión sin defender todas y cada una de las doctrinas y de las instituciones que formaron el régimen que murió á manos de los hombres de opuestas ideas, y de ahí también que haya personas de sentimientos católicos más ó menos arraigados que, sin abrigar odios contra la Religión ni contra la Iglesia, por no ser partidarios de aquel régimen, tal vez por

no conformarse con él en cuestiones meramente políticas y de orden secundario, aceptan todos los principios de los partidos opuestos, hasta aquéllos que están en abierta oposición con las doctrinas católicas; y á dar un aspecto de mayor dureza y hasta convertir estas discrepancias en verdaderos odios ha contribuído una empeñada cuestión dinástica que ha dado lugar á guerras sangrientas que todos recordamos con pena. Católicos hay que ven el Catolicismo encarnado en una dinastía que, al menos mientras triunfa, proclama como fundamentales principios católicos; otros que, más atentos á nuestro glorioso pasado que á nuestro deplorable presente, se forjan la ilusión de que les rodea la sociedad y los hombres de pasados siglos, y creyendo que sólo por culpa de unos pocos no estamos ahora como entonces estábamos, sueñan con restaurar de una sola plumada todo lo que entonces existía, sin transigir con que la restauración sea paulatina ni parcial, sino completa, total; otros no ven en todos los principios proclamados por los partidarios del moderno régimen, ni en las personas que ocupan los primeros puestos de la nación, incompatibilidad con los principios del Catolicismo, ó juzgan más prudente y más práctico transigir con ciertos sistemas y con ciertos males, porque transigiendo creen evitan males mayores; otros muchos, en vista de tal confusión, prefieren permanecer indiferentes, sin declararse por ninguna de estas parcialidades, y todas estas actitudes son otros tantos obstáculos para que la unión de los católicos sea un hecho.

«El instinto de los partidos políticos — dicen

con razón los prelados españoles, — la aspiración de sus directores y la sugestión cotidiana de sus órganos en la prensa, han sido rémora y obstáculo para esta suspirada unión que todos aman y apetecen, pero no con las dilataciones de la caridad que nos amonesta el Apóstol: *Reine la anchura del corazón como las arenas del mar*. No es esto lucubración de filósofos ni declamación de retóricos, sino obra de caridad y de humildad de los cristianos » ¹.

En tal confusión, no podía faltar la guía de quien tiene la santa misión de dirigir á los católicos, por la senda de la verdad, y el Papa, á quien por tratarse de cuestiones que tan directamente afectan á los intereses de la Iglesia y de los católicos, le corresponde sin disputa trazar, en la medida que la Santa Sede lo hace siempre, la línea de conducta que á los católicos conviene, en más de una ocasión solemne, como acabamos de ver, ha levantado su voz, cuyos beneficios efectos se notan de día en día, no sin que los más obstinados pongan verdadero empeño en dar á las palabras emanadas de la Santa Sede interpretaciones acomodaticias, encaminadas siempre á mantener la aureola de la parcialidad á que pertenecen ó en regatear en estas materias facultades al Romano Pontífice, porque la pasión es la nota distintiva de todas esas divisiones, ya que por naturaleza somos los españoles apasionados en todo.

En Alemania las circunstancias son completa-

¹ De la instrucción pastoral de los prelados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso Católico de 1902.

mente distintas. Desde que el cisma protestante separó de la Iglesia Católica á tantos pueblos que hasta entonces habían vivido en comunión con la Santa Sede, en Alemania fué el protestantismo la religión del Estado y la de la inmensa mayoría de los alemanes; y de entonces acá, la organización, las leyes, las costumbres, toda la vida social en suma, ha estado imbuida é inspirada por el protestantismo. Los católicos, que estaban en gran minoría, tenían entre sí, como perseguidos, una unión estrecha; y como en la adversidad y en la oposición la unión se hace más íntima, y ellos estaban en abierta oposición con un régimen y unas leyes que les eran abiertamente contrarias, de ahí que sus intereses religiosos y sus intereses políticos fueran comunes, que no hubiera entre ellos divisiones de partidos ni aun lugar á vivir de ilusiones que nada hubiera justificado; y como, por otra parte, no les separaba ninguna cuestión dinástica ni había pretendiente alguno á la corona del imperio que solicitase ú obtuviese su apoyo, se hallaban en condiciones de luchar unidos en religión y en política, y nada les impedía colocarse dentro de la realidad, á la que la misma necesidad de la defensa les traía. Esto sin contar con la diferencia notable que existe entre el carácter frío, reflexivo y eminentemente práctico de los habitantes de aquellos países, y la fogosidad de nuestro temperamento meridional, tan dado á luchas intestinas y á que la imaginación y la pasión ocupen el lugar que á la reflexión corresponde, y sin tener en cuenta el espíritu de asociación, que es nota distintiva del temperamento alemán, y que

de una manera tan notable le diferencia del nuestro, por naturaleza refractario á las grandes organizaciones sociales y tan dado, hasta en la guerra, más á la lucha de guerrillas aisladas que al empuje formidable de grandes masas de ejército.

CAPÍTULO V

Acción social de los católicos alemanes.

I. Importancia del socialismo en Alemania. — II. El socialismo en España. — III. Actitud de los católicos frente al socialismo. — IV. Plausible conducta de los católicos alemanes ante este peligro. — V. El abate Hitze y su obra. — VI. El clero, la aristocracia católica y los campesinos. — VII. El abate Adolfo Kolping y los obreros industriales. — VIII. Los Círculos Católicos de obreros. — IX. El abate Liesen y las jóvenes obreras. — X. Los Congresos Católicos en Alemania y en España. — XI. La Asociación popular católica. — XII. La Universidad popular.

I

Demostraría tener un gran desconocimiento de lo que por el mundo pasa y una absoluta ceguera en sus juicios quien no advirtiese que hay en las sociedades modernas un dilema planteado; dilema terrible y de una trascendencia extraordinaria, que no se desvanece por cerrar ante él los ojos y que constituye la cuestión más pavorosa que agita al mundo, y que tal vez Dios, en su infinita sabiduría, ha hecho surgir del fondo de las sociedades más civilizadas para preparar el triunfo de su santa Iglesia.

O las sociedades modernas se entregan en manos

de su preferencia, y se invitó al episcopado para que fijase esas bases, que fueron en efecto establecidas y que están publicadas en el tomo en que lo fueron las conclusiones de dicho Congreso; pero triste es reconocer que muchos católicos, que era de esperar que oyesen esas enseñanzas, no han hecho de ellas el menor caso y han seguido más atentos á las doctrinas y consejos que algunos periódicos, antes políticos que católicos, les comunicaban, y más fieles á cierto espíritu de bandería que sumisos á la voz del episcopado.

Base, y muy esencial, de esa organización católica es la sumisión absoluta á la Santa Sede y al episcopado. «Los tiempos — dice el gran Pontífice reinante ¹ — exigen alteza de sentimientos, propósitos generosos y perfecta disciplina. Esta deberá, sobre todo, demostrarse en la sumisión confiada y perfecta á las normas directivas de la Santa Sede, medio principal para hacer que desaparezca ó se disminuya al menos el daño de las opiniones de partido cuando éstas dividen, y para coordinar todos los esfuerzos al servicio de un intento superior, cual es el triunfo de Jesucristo en la Iglesia. *Tal es el deber de los católicos.*»

El mismo Soberano Pontífice exhorta y ruega á los católicos españoles, en la Encíclica *Cum multa*, que se acuerden del deber de obedecer á sus obispos; y al contestar al mensaje que los obispos reunidos en el Congreso de Zaragoza le habían dirigido, manifestaba su deseo de «que las fuerzas que han andado divididas se junten y aúnen, dis-

¹ Última Encíclica de Su Santidad el Papa León XIII.

puestas y concertadas, no bajo la dirección de hombres faltos de autoridad que atienden ante todo á los intereses de la vida presente y á las pasiones de partido, sino bajo la de aquellos á quienes Dios puso al frente para la defensa y conservación del orden religioso y moral» ¹.

Pero esa organización católica no ha de tener un objeto puramente piadoso, sino que ha de formarse para influir en la marcha de los negocios del Estado, tratando de imprimir en sus instituciones y en sus leyes el espíritu católico y defendiendo los intereses de la Religión, valiéndose para ello de los medios lícitos que las leyes ponen en nuestras manos, para lo cual Su Santidad aconseja á los católicos que intervengan en las funciones de gobierno, en las que las leyes permiten intervenir á todos los ciudadanos, y les recomienda como «conveniente al bien público tomar parte prudentemente en la administración municipal, con el fin de velar sobre todo por la educación moral y religiosa de la juventud; conveniente y lícito que los católicos extiendan su acción más allá de este campo, hasta los más altos cargos del Gobierno» ². Y en este mismo criterio se inspiró el episcopado reunido en el Congreso Católico de Zaragoza y en el de Burgos al fijar las reglas prácticas para la unión y acción común de los católicos.

¹ Carta dirigida al cardenal Benavides.

² Encíclica *Immortale Dei*.

En Italia, por circunstancias especiales de aquel Gobierno respecto de la Santa Sede, Su Santidad prohíbe á los católicos tomar parte en los asuntos políticos.

Es, por último, deber de los católicos españoles, según el mismo Pontífice decía en 1894 á los peregrinos que de España habían ido á postrarse á sus pies, «sujetarse respetuosamente á los poderes constituidos», deber que Su Santidad ha insistido en recordar, y que el episcopado español ha declarado repetidamente y confirmado con su conducta, y que no se opone á que los partidarios de otro régimen ó de otra dinastía sigan sosteniendo, con las limitaciones que impone ese deber que el Papa nos recuerda, la aspiración que crean más legítima ¹.

Si queremos ejemplos elocuentes de esa unión, busquémoslos entre los enemigos de la Iglesia. Todas sus parcialidades y diferencias desaparecen y se funden en el odio al Catolicismo..... ¿No podrá entre nosotros el amor lo que entre ellos puede el odio?

Siguiendo la orientación que dejamos indicada, será posible que, si las circunstancias lo exigen,

1 Los límites que para la extensión y contenido de este trabajo me he propuesto, no me permiten entrar en más detalles acerca del alcance y forma de esa unión de los católicos que el Papa aconseja y que el episcopado y los congresos católicos españoles han proclamado. Basta á mi propósito hacer ver á los lectores que, al presentar como modelo digno de imitación al Centro católico alemán, no es porque crea que en España puede copiarse exactamente su organización.

El que desee estudiar con más extensión asunto de tan vital interés, puede hacerlo en las conclusiones de los congresos católicos, y especialmente de los de Zaragoza, Tarragona y Burgos; en las instrucciones pastorales que en el de Zaragoza, Burgos y Santiago de Compostela dió el episcopado, y en la notable obra "La fórmula de la unión de los católicos", colección de artículos publicados en la Revista *La Ciudad de Dios* por su director el Padre Conrado Muiños. Madrid 1908.

tras esa «santa alianza» de los elementos católicos sin distinción y con independencia de partidos políticos llegue á formarse en España un verdadero partido católico como el Centro alemán, y para que esto suceda bastará que continúe ó arrezce la persecución al Catolicismo en España y que se siga oprimiendo á los católicos y atentando contra su libertad, porque ante la necesidad de la defensa se impondrá la unión y la acción común, aun en el terreno puramente político, y ante ella irán perdiendo importancia, hasta desaparecer tal vez, diferencias políticas que hoy son un obstáculo para que se establezcan completas inteligencias á todas luces convenientes; pero no hay que perder de vista que en la formación de los grandes partidos católicos modernos han concurrido circunstancias muy dignas de ser tenidas en cuenta.

En primer lugar, no se concibe la existencia de un partido católico si en él no existe una adhesión y una sumisión completa al Romano Pontífice. A los que se empeñaran en formar un partido católico y en poner resistencias más ó menos manifiestas á las direcciones pontificias, podría comparárseles con los que quisieran dar vigor á una rama poniendo obstáculos para que hasta ella llegase la savia del tronco del árbol y de sus raíces.

Por otra parte, mientras el episcopado de una nación no ha elevado su voz franca y valientemente, pero á la vez de una manera unánime, como salida de una sola garganta é impulsada por una misma alma, y mientras ese episcopado no se ha hecho perfectamente cargo de las circunstancias del momento, dejando idealismos muy laudables,